

bian salido de la reunion unos tras de otros, sin que hubiese querido ceder alguno, y teniendo todos sentimientos muy distintos sobre un punto tan importante: que el coloquio se habia terminado de este modo sin haber producido otros frutos que el de esponer á los calvinistas á la risa de los católicos. El Duque, (añadió Francisco) que tenia mucho talento, sacaba de todo esto en conclusion, que muy lejos de que entre los calvinistas entendiesen todos la sagrada Escritura, sucedia que ni sus mismos Doctores convenian en su sentido; y que era preciso que las inspiraciones fuesen muy opuestas, puesto que no sabian convenirse: añadia, que jamas habia visto á los protestantes acordes sino en el odio que todos tenian á la Iglesia católica, en tanto que ellos vivian pacíficamente con unas sectas, que condenaban ellos mismos como impías y erroneas.

Este rasgo histórico incomodó mas á Beza que todo lo que Francisco le habia dicho hasta entonces. Estuvo á punto de desmentir al Duque de Saboya; pero siendo un hecho tan público el que se referia, que no podia negarse en manera alguna, recayó todo su resentimiento sobre Francisco, á quien trató bastante mal. Pero aquel hombre verdaderamente humilde, que no se engreía con la vanagloria de ser superior en ciencia á un hombre de la reputacion de Beza, y que no trataba sino de ganarle para Jesucristo, le respondió con tanta moderacion, que Beza se avergonzó de su acaloramiento: le dió mil satisfacciones: se acabó la conferencia, y teniendo Beza á Francisco en gran estima, le rogó que volviese á verle, asegurándole que siempre podría hacerlo con toda seguridad.

Estando Francisco de vuelta en Tonon, escribió al Papa, para darle cuenta del estado de la Religion católica en el Chablais, y de la conferencia que habia tenido por orden suya con Teodoro de Beza: aseguraba á su Santidad en aquella carta que Beza no se habia sepa-

rado enteramente de los sentimientos católicos: que la confesion que le habia hecho de que podia lograrse la salvacion en la Iglesia Romana, no dejaba lugar á dudar de esta verdad; pero que la reputacion que habia adquirido entre los calvinistas, y sobre todo la ventajosa colocacion que tenia, le retenian mas fuertemente en la heregía que todas las razones que alegaba para defenderla: que suplicaba á su Santidad que le dijese sobre esto sus intenciones: que la conversion de Beza era una obra digna de su pontificado y de sus desvelos, y que cualesquiera que fuesen las ofertas que se hiciesen á Beza no serian escesivas, atendiendo á la ventaja que resultaria á la Iglesia católica de su conversion.

El Papa respondió á aquella carta, con un Breve datado en 29 de Mayo de 1597, año sexto de su pontificado. Felicita en él á Francisco por los progresos de la Religion católica en el Chablais, los que reconoce que son debidos á su celo: le exhorta á continuar sus trabajos apostólicos y sus cuidados para la conversion de Beza; y le dá amplias facultades para tratar con él y hacerle todas las ofertas, de que hablaremos en adelante.

Francisco, por cumplir con las órdenes de su Santidad volvió dos veces á Ginebra, en donde tuvo dos conferencias con Beza: la primera sin testigos: la segunda en presencia del presidente Faure, que quiso acompañarle. Se habló de la necesidad de las buenas obras para conseguir la salvacion: de la cooperacion del libre alvedrío á la gracia, y muchos otros puntos de los mas importantes. A la verdad Beza no se rendia, pero se sintió tan conmovido, que despidiéndose de Francisco, cuya dulzura le habia prendado, le apretó la mano, y levantando los ojos al cielo, le dijo, lanzando un profundo suspiro: *si no estoy en el buen camino, ruego á Dios todos los dias que se sirva ponerme en él por su infinita misericordia.*

Estas últimas palabras de Beza determinaron á Fran-

cisco de Sales á volver por cuarta vez á Ginebra para conferenciar con él sin testigos: le dijo desde un principio que no iba á disputar con él, sino á hablarle con el corazon en la mano sobre el negocio mas importante que tenia en el mundo, que era el de su vuelta á la Iglesia católica: que le permitiese decir con libertad todo lo que pensaba, y que atribuyese al gran afecto que le profesaba, y al ardor que tenia de procurar su salvacion, todo lo que su celo podría inspirarle para conducirle al punto de donde dependian enteramente su dicha ó su desgracia eterna.

Beza, que habia concebido un verdadero aprecio hácia Francisco, y que no habia podido menos de sentir hácia él aquella ternura, de que era tan difícil prescindir cuando trataba de ganar un corazon, le respondió, que le oiria con el mayor gusto: que estaba cierto de la sinceridad de sus intenciones: que no habia persona en el mundo á quien escuchase de mejor gana que á él: que no habia podido negarle ni su aprecio, ni su confianza; y que por nadie haria lo que no hiciese por él.

Asegurado Francisco de las buenas disposiciones de Beza con respecto á él, resolvió aprovecharse de ellas, y tomando las cosas de mas lejos, le dijo: que por intereses que tuviese en particular de verle entrar de nuevo en la comunión católica, no obstante nada habia hecho hasta entonces que no fuese por orden expresa del Papa: que tenia los Breves de su Santidad, que podrían dar fé de lo que acababa de decir: que aun habia recibido uno hacia poco tiempo, que llevaba encima para enseñársele, por el cual le ofrecia su Santidad un retiro honroso para el parage que mas le acomodara, cuatro mil escudos de oro de pensión, y pagarle sus muebles y libros en lo que quisiese valuarlos: dándole además todas las seguridades que tuviese por conveniente pedir.

Semejante proposición sorprendió á Beza; y habiéndole

hecho prestar la mayor atención, continuó Francisco, diciéndole, que el Papa no habia creído que fuera justo proponerle que abandonase las conveniencias que tenia en la comunión calvinista, sin proponerle otras que pudiesen hacer su condición mejor aun de lo que entonces era: que las ofertas que le hacia de su parte no se dirigian á corromperle: que todos conocian que un sugeto tan ilustrado como él no se regía por el interés en un negocio, en que debia escucharse únicamente á la conciencia: que aquello no era sino una compensación, que siempre hubiera tenido derecho de exigir sino se le hubiese ofrecido; pero tambien que despues de haber provisto tan decentemente á su subsistencia, no debian ya detenerle mas tiempo los respetos humanos: que estaba en una edad en que debia pensar con seriedad en su salvacion: que el tiempo de las misericordias iba á pasar para hacer lugar al de la justicia: que Dios le hablaba por su boca, puede ser por la última vez, y que se arrepentiria sin duda algun día, pero demasiado tarde y en vano, de no haberle escuchado: que al proponerle que volviese á entrar en la Iglesia católica, nada se le proponia que pudiese parecer extraordinario: que no se trataba de abandonar una Religion que hubiera recibido de sus padres, y que hubiese mamado con la leche, sino de volver á aquella en que Dios habia querido que naciese, en la que se habia criado, y de la que tanto tiempo habia hecho profesion: que él sabia mejor que ninguno las miras que le habian obligado á abandonarla: que le seria muy difícil cohonestarlas: que él podría engañar á los hombres y hacerse ilusion tal vez á sí mismo; pero que no se puede engañar á Dios, que nada se escapa á su inteligencia, ni tampoco á su justicia, y que era cosa terrible el caer en sus manos despues de haber desechado tan frecuentemente las ofertas de su gracia: que le suplicaba que se acordase de que habia confesado que podía obtenerse la salvacion den-

tro de la Iglesia católica: que esto debía determinarle tanto mas á volver á ella, cuanto que siendo tantos en número los católicos, y habiendo entre ellos tantas personas sabias y virtuosas, ninguna decia otro tanto de la comunión calvinista: que en un negocio tan importante como el de la salvacion es necesario atenerse siempre á lo mas seguro; y que cuando se habia dado un mal paso, no habia mayor gloria que volverse atras de lo empezado.

Mientras decia esto Francisco, Beza, aquel hombre tanto mas digno de compasion, quanto que conociendo la verdad no podia decidirse á seguirla, con los ojos fijos en el suelo, y guardando un profundo silencio, sentia despedazarse su corazon con todos los remordimientos que una conciencia sobresaltada es capaz de experimentar en una ocasion semejante. Pero por otro lado, la costumbre, el respeto humano, la vergüenza de desdeñarse, y secretos compromisos que jamas se hubieran sospechado en un hombre de su edad, le impedian el resolverse, y le retenian en un partido, cuya falsedad conocia mejor que ningun otro.

Esperaba Francisco á donde iria á parar aquella irresolucion, y juzgando del corazon de Beza por el suyo, se prometia que se rendiria al fin á sus propias luces: ¿pero qué puede la razon humana contra una voluntad corrompida, abandonada á sus pasiones, agoviada del peso de un hábito inveterado, y cautivo bajo el yugo del pecado? Para vencer semejantes obstáculos son precisas las gracias de primer orden, tales como las que han convertido á un San Pablo y á un San Agustin: pero raras veces las concede Dios á los autores de las heregias y de los cismas: Beza lo esperó igualmente que otros muchos: asi es, que en lugar de la respuesta favorable que esperaba Francisco, le dijo, que estaba persuadido en verdad de que podia lograrse la salvacion dentro de la Iglesia católica; pero que tampoco desespe-

raba de lograrla en la comunión calvinista: Francisco no tuvo por conveniente el instarle ya mas: creyó que era necesario darle tiempo de reflexionar en las proposiciones que le habia hecho, y se prometia concluir en otra visita, lo que tan felizmente creia que habia empezado.

Pero no tuvo ya otra proporcion de hacerlo: sus frecuentes visitas habian hecho entrar en terribles sospechas á los de Ginebra. Conoció, que habian resuelto deshacerse de él, si volvía, y que se observaba á Beza, de modo que era imposible el tener con él otra conferencia.

Algunos años despues cayó enfermo aquel ministro, y como conociese que estaba próximo á morir, deseó hablar con Francisco. Se asegura, que habiéndosele negado este consuelo, se arrepintió de haber abandonado la Iglesia católica, é hizo retractacion de sus errores; pero habiendo muerto en poder de los calvinistas, es difícil poder asegurar cosa alguna cierta sobre un hecho de tanta importancia.

Hay mucha probabilidad, de que la licencia de costumbres contribuyó mucho á la apostasia de Beza; ciertas obras que publicó despues de haber apostatado, no dejan lugar de dudar de esta verdad. Hé aqui un hecho que refiere el historiador anónimo de San Francisco de Sales, que es una prueba no menos convincente. Dice pues, que Enrique IV envió al señor de Desayes, gobernador de Montargis á Ginebra para ciertos asuntos secretos: trabó conocimiento con Beza; y como los dos eran de un genio muy divertido se hicieron en breve grandes amigos, y no tenian secreto el uno para el otro. Estando Desayes un dia en una conversacion muy familiar con Beza, le ocurrió preguntarle, que era lo que le unia mas fuertemente á la secta de los calvinistas. Beza nada respondió; pero habiendo llamado á una joven muy hermosa que vivía en su compañía: *hé aqui,*

le dijo, *la razon que mas me convence de mi Religión.* Desayes quedó tanto mas sorprendido de aquella respuesta, quanto que Beza era entonces de una edad muy avanzada, y en la que debia estar ya curado de semejantes debilidades. Despues de esto era necesario, que la Religión cristiana hubiese cambiado mucho de caracter desde la venida de Calvino, si Dios hubiese elegido semejantes gentes para reformar su Iglesia y para descubrirles unas verdades desconocidas de tantos santos tan ilustrados, tan humildes, tan desprendidos del mundo, y ocupados únicamente de Dios, y de la esperanza de la otra vida.

Francisco se affligió tanto mas vivamente con la muerte de Beza, quanto mayor era la esperanza que siempre habia tenido de su regreso á la Iglesia católica. Pero Dios le recompensó bien pronto de aquella pérdida con la bendicion, que se dignó echar á sus tareas apostólicas: tres ministros y el primer Sindico de Tonon entraron en la comunión católica, y su ejemplo fué seguido como á porfia por los vecinos de Tonon, de manera que habiendo llegado al fin á ser mayor el número de los católicos, que el de los calvinistas, el primer Sindico de la ciudad juzgó, que debia reputarse por católica: sobre esta pretension escribió al Papa en nombre de la ciudad para suplicarle mirase á sus habitantes como hijos suyos, y para tributarle en este concepto todo el respeto y veneracion debidos á un padre comun.

No era menor el fruto en todo el resto del Chablais, y en las Bailías: las parroquias en masa iban á Tonon á abjurar la heregía, y se notaban tales disposiciones para una conversion general, que el Obispo de Ginebra creyó deber contribuir él mismo en persona á que se lograra, poniendo de su parte cuantos cuidados pudiese para ello. Fué á Tonon acompañado de un buen número de sabios Jesuitas, y de algunos capuchinos y otros eclesiásticos destinados para el gobierno de las parro-

quias, cuyo establecimiento no podia ya diferirse mas. Aquel socorro llegó muy á tiempo; porque no habiendo podido eximirse Francisco de acompañar al Obispo de Ginebra cuando se volvió de Annecy, cayó enfermo á causa de los continuos trabajos, que habia pasado para lograr la conversion del Chablais. Su enfermedad fué aguda, pero de corta duracion; y se esperaba volverlo á ver en el Chablais, cuando se recibió la noticia de que la peste empezaba á descubrirse en Saboya y que el mismo Annecy no estaba libre de ella. No fué necesario mas para hacerle concebir el designio de asistir á los apestados. Decia sobre esto, que era preciso acudir á lo mas urgente: que en Clablais habia personas mucho mas capaces que él: que no era lo mismo con respecto á los apestados: que estaban espuestos á verse abandonados de todo el mundo: que el miedo de aquel terrible azote producía en los ánimos tan estrañas impresiones, que se veía á menudo abandonar los padres á sus hijos, los hijos á sus padres, las mugeres á sus maridos, y lo que es peor, los párrocos á sus ovejas, que morian sin sacramentos y privadas de los socorros que Dios habia establecido para facilitar el paso del tiempo á la eternidad: que habia pocas ocasiones en que se pudiese practicar la caridad de un modo mas exento de miras é intereses humanos: que estas eran en extremo preciosas; y que nada importaba el vivir, pero que era de la mayor importancia el morir bien.

El Obispo de Ginebra, que sabia quanto importaba la presencia de Francisco en el Chablais, no pudo saber su resolucion sin sorpresa y disgusto, y fué necesario que se valiese de toda su autoridad para impedirle que la pusiese en ejecucion. Pero Francisco no era de aquellos hombres encaprichados, que no pueden apartarse de lo que una vez han concebido, que siguen con obstinacion los caminos que ellos mismos se han trazado, y que no conocen superior ni subordinacion, cuando

llegan á figurarse que Dios los llama á cosas para las cuales no tienen en efecto otra vocacion que su propia voluntad. ¡Peligrosa ilusion, y que destruye á menudo todo el fruto de las mas santas empresas!

Francisco estaba muy persuadido del mérito de la obediencia para no deferir á la autoridad de su Obispo en una ocasion, en que no podia prometerse salir con felicidad sin una vocacion especial de Dios. Le hizo presente con su acostumbrada modestia las razones que le movian á dedicarse al servicio de los apestados; pero apenas le dió á entender aquel Prelado, que no aprobaba su intento, y que creia que Dios exijia de él, que volviese al Chablais, cuando se dispuso á partir para volver á emprender el trabajo que habia interrumpido por su enfermedad.

Por aquel mismo tiempo se recibió una noticia que obligó al Obispo de Ginebra á volver al Chablais. Consistia esta, en que el Duque de Saboya habia pasado los montes, y que debia ir á Tonon para esperar alli al Cardenal de Medicis, que volvía de Francia, en donde habia estado en calidad de Legado. Despues de diez años de guerras civiles y estrangeras acababa el Cardenal de ajustar la paz de Vervins. El Duque de Saboya habia sido comprendido en ella, y la diferencia perteneciente al Marquesado de Saluces se habia remitido á la decision del Papa, que debia terminarla en el espacio de un año. El Cardenal de Medicis instruido á fondo en aquel negocio, podia contribuir mas que ningun otro á que la sentencia recayese en favor del Duque, y no se dudaba de que su Santidad fundaria su juicio sobre el parecer del Legado. Le era pues de la mayor importancia el ganarle, y en este concepto partió de Turin para recibirle á la entrada de sus Estados: este era todo el honor que hubiera podido hacer al Emperador, ó Rey de Francia, si hubiesen ido en persona á visitarle.

La providencia de Dios sobre el Chablais se vió pa-

tentemente en aquella ocasion. El camino de Francia para Italia no era por Tonon: tampoco se habia tratado de pasar por aquella ciudad en este viaje, porque era muy grande el rodeo que se hacia. Pero la peste de que se ha hablado, que infestaba todos los puntos por donde hubiera podido pasarse, obligó al Legado á dar aquella vuelta, y al Duque de Saboya á trasladarse á aquella ciudad para recibirle. Nada podia sobrevenir que fuese mas á propósito para favorecer la conversion del Chablais y de las Bailías; y nada menos era preciso que la presencia del Duque y del Legado para concluir aquella grande obra del modo que va á referirse.

El Duque, que media su marcha con la del Legado, iba como él á pequeñas jornadas, y aun se detenía muy á menudo en algunos pueblos, para no esperarle mucho tiempo en Tonon. Aquella tardanza dió lugar al Obispo de Ginebra á mandar celebrar la funcion de las cuarenta horas. La noticia de la ida del Duque y del Legado habia atraído á Tonon una infinidad de personas de una y otra Religion. Para edificar á unos y otros, fué para lo que se celebró la funcion de que acaba de hablarse. A todas las horas del dia y de la noche habia, ó sermón, ó controversia, ó instruccion familiar, ó doctrina, ó meditacion, ó rogativas públicas; se veía á los católicos reunidos con el Obispo de Ginebra, y Francisco á la cabeza de ellos pedia á Dios, que se dignase mover el corazon de aquel pueblo, y hacer volver al fin al seno de su Iglesia á los que restaban por convertir, y á quienes habia separado de ella un cisma tan funesto; habianse compuesto al efecto oraciones en frances muy tiernas, y sacadas casi todas de la sagrada Escritura. En tanto que uno del clero las decia en alta voz, el Obispo y el clero estaban postrados en tierra, y el pueblo de rodillas respondia á cada uno de los versículos de las oraciones: *Señor, escuchadnos: Señor, atendednos*. Así se rogaba noche y dia, mientras que personas de con-

fianza distribuian limosnas considerables, visitaban los enfermos y presos, y se dedicaban á componer las diferencias, y reconciliar á los que el espíritu de discordia habia dividido: no se hacia en esto distincion de Religiones, y la caridad se estendia igualmente á católicos y calvinistas.

Tantas oraciones humildes y fervorosas, y tantas obras de caridad no podian quedar sin efecto: el padre de las misericordias las oyó y atendió á ellas, y novecientas personas, que se convirtieron en aquellos tres dias, llenaron de júbilo á aquella nueva Iglesia, y á Francisco de la única satisfaccion que experimentaba en este mundo.

Apenas habian pasado los dias de las cuarenta horas, cuando llegó el Duque á Tonon. Este fué un golpe de los mas terribles para los hereges. Hasta entonces se habian lisongeados con la esperanza de que algun accidente imprevisto impediria su viaje; pero al verlo entre ellos, ya no dudaron de lo que iba á sucederles en adelante. La altanería y sequedad con que respondió á sus felicitaciones, y el agasajo con que trató á los católicos de todas clases, acabaron de convencerlos de su ruina y perdicion.

Entretanto los primeros cuidados del Duque fueron el mandar amueblar soberviamente la casa de la ciudad, que era á donde debia venir á parar el Legado, el mandar hacer arcos triunfales por toda la carrera: el adornar las puertas y plazas públicas, y disponer todas las cosas, para que la entrada fuese de las mas magnificas; pero lo que es mas edificante de todo, es que quiso tomar él mismo á su cargo el cuidar del adorno de las Iglesias de San Hipólito y San Agustín. Los mas hábiles pintores de Italia que habian acompañado al Duque, se emplearon en pintarlas, y todo lo mas precioso que se encontró, sirvió para su adorno.

Quiso el Duque ademas, que en tanto que se esperaba al Legado volviere á celebrarse otra funcion de cua-

renta horas: nada omitió, para que fuese aquella ceremonia de las mas magnificas; pero tampoco se olvidó de que su ejemplo influiria mas en la conversion de sus vasallos, que todo lo demas que pudiese hacerse, sino marchaba él mismo por el camino en que queria hacerlos entrar. Nada puede darse mas edificante que la conducta, que observó en aquella ocasion. Asistia con toda su Corte á los sermones y á las rogativas públicas, edificandó á todo el mundo con su modestia y compostura: despues de haber asistido un rato á la Iglesia entre dia, volvía á ella otra vez por la noche: hacia él mismo cuantiosas limosnas, oia las quejas de sus vasallos, y les hacia en el acto la justicia, que habia tanto tiempo que aguardaban, y que no habian podido conseguir de los jueces que él habia nombrado. Trataba á los sacerdotes y á los ministros mas ínfimos de la Iglesia con particular distincion, y sobre todo á Francisco, á quien tenia casi siempre á su lado, bien persuadido de que el agasajo que le hacia, redundaba en beneficio de la Religion católica: Dios concedió á la piedad de aquel Príncipe lo que deseaba con tanto ardor: él mismo fué testigo del concurso de habitantes de varias villas del Focigny, que venian en tropas á abjurar la heregía: las parroquias de Bellevaux y de San Sergio acudieron tambien á lo mismo en número de trescientos de cada una de ellas. Fué preciso nombrar una porcion de eclesiásticos y religiosos para ayudar al Obispo de Ginebra, que no podia solo recibir á tanta gente. El Duque estaba tanto mas admirado del cambio de aquellos pueblos, quanto que no se habian empleado otros medios para atraerlos á la Iglesia católica, que los de la instruccion y el buen ejemplo: los cortesanos admiraban su celo, y hasta los menos piadosos se sintieron vivamente conmovidos. Si se ha de creer en apariencias, la devocion hizo tan grandes progresos en la Corte, que todos dieron muestras de ella con limosnas, con restituciones, con reconcilia-

ciones, y con una reforma de costumbres, que duró por lo menos todo el tiempo que permaneció el Duque en Tonon: Tan cierto es, que el ejemplo del Príncipe es la cosa mas eficaz que hay en el mundo para inspirar piedad, aun en aquellos mismos que son menos inclinados á ella. Es preciso no obstante confesar, que el ejemplo del Duque no fué la única causa de aquella mudanza: los sermones de Francisco contribuyeron tambien en gran parte: todos querian tenerle por Director; y su estremada dulzura acompañada de su eminente piedad convertía tantos católicos, como habia llamado calvinistas al seno de la Iglesia.

Estaban las cosas en este estado, cuando recibió el Duque la noticia de que el Legado estaba próximo á llegar á la frontera de Francia: marchó inmediatamente con toda su Corte para recibirle á la entrada de sus Estados: llegó á ellos el Legado casi al mismo tiempo que su Alteza Real; pero despues de hechos los primeros cumplidos, se volvió el Duque á Tonon por otro camino que el que llevaba el Legado para hallarse en estado de presentársele aun otra vez, cuando se acercase á aquella ciudad.

Habiendo llegado al otro dia el Legado á una legua de Tonon, fué á cumplimentarle á aquel punto el Obispo de Ginebra precedido del clero, y acompañado de varios Obispos de Saboya y del Delfinado, que habian ido á Tonon á felicitar al Legado. El Duque de Saboya salió de la ciudad un poco despues y se encontró con el Legado á una media legua de Tonon: le acompañó hasta la Iglesia de San Hipólito á donde fué á apearse, y en donde estuvo largo rato en oracion. El Duque queria acompañarle á su alojamiento, llevándole por los calles y plazas públicas en donde estaban las músicas y arcos triunfales; pero el Legado, que era sugeto de mucha virtud, le rogó, que tuviese á bien que no pasase por ellas sino en procesion, acompañando al Santísimo

Sacramento; añadió, que no podia menos de hacerse una especie de desagravio público á su divina Magestad, y llevarlo como en triunfo por una ciudad, de donde habia estado desterrado escandalosamente por espacio de mas de sesenta y dos años. Con esto fué preciso ir á la casa de la ciudad por calles estraviadas.

Recibió el Legado las felicitaciones de todas las corporaciones. Pero el Duque, que no le perdia de vista, habiendo divisado á Francisco, que bien lejos de darse á conocer, estaba mezclado entre la muchedumbre, fué á sacarle él mismo de ella, y presentándosele al Legado: *hé aqui*, le dijo, *el Apostol de mis Estados: á él despues de Dios es á quien debemos todos los grandes frutos, de que ya he hablado á vuestra Eminencia.* El Legado se adelantó algunos pasos para recibirle, y habiendo puesto Francisco una rodilla en tierra para besarle la orla del vestido, no quiso consentir en ello: le levantó y le abrazó: despues volviéndose al Duque de Saboya, le dijo, que antes de que él hablase, habia sido informado de su mérito: que le estaba muy reconocido en particular por las grandes fatigas que habia sufrido para hacer volver á aquellos pueblos á la Iglesia católica: que hablaria de él al Papa con los elogios que le eran debidos; y que aunque Dios solamente podia ser su recompensa, debia esperarlo todo de su Santidad.

Al otro dia de la llegada del Legado volvieron á empezarse las cuarenta horas, como todos deseaban: se dió principio á ellas por una procesion del Santísimo Sacramento, que pasó por debajo de todos los arcos triunfales, que se habian levantado para el Legado, que pasó en efecto bajo de ellos á pie, y siguiendo al Santísimo. Celebró el Obispo de Ginebra: el Legado iba detras del palio, que lo llevaban el Duque de Saboya, Don Amadeo legitimado de Saboya y los dos embajadores de Fribourg. Los calvinistas, que no conocian á los Cardenales y Obispos sino por las sátiras picantes y vergonzosas pinturas

que se les habian hecho de ellos, no podian dejar de admirarse de la piedad y modestia del Legado y de los Prelados que le acompañaban. Un gran número de ellos se conmovió por esta causa; y habiendo acabado de convencerlos el sermón que hizo Francisco sobre la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristía, pidieron que se les permitiese abjurar la heregia en manos del Legado: á pesar de que ya era muy tarde por lo larga que habia sido la función, no dejó por eso el Legado de recibirlos, y les abrazó con una bondad, que admiró á todos ellos.

Los ministros habian publicado anteriormente en sus sermones, que en el fausto, lujo y malicia del Legado y su comitiva, se conoceria bien, que era un verdadero ministro del ante-Cristo. Pero todo el mundo quedó sorprendido, cuando vió á aquel mismo Legado, aunque cansado del viaje, asistir noche y dia á los sermones, y á las rogativas públicas, emplearse en la reconciliación de los hereges, de los que admitió por sí mismo una gran porcion á la comunidad católica, mientras duraron las cuarenta horas, hacerles discursos sólidos y patéticos, dar limosnas considerables á los pobres de la ciudad y de la provincia, que habian concurrido á Tonon, hablar al Duque en favor de todos aquellos que quisieron valerse del influjo, que tenia con aquel Principe; y los que le observaron de mas cerca, le hallaron siempre ocupado en alguna cosa útil, sin que dedicase ni un solo momento ni aun á la diversion mas inocente.

La malignidad de los enemigos de la Iglesia se esforzó en vano para interpretar en mal sentido todas las acciones del Legado, se le hizo justicia; y no halló sino un pequeño número de calvinistas encaprichados, que se obstinaron en decir que en su conducta, como tambien en la del Duque, entraba mas de política, que de verdadero celo por la Religion.

Entretanto Francisco, que habia contado que seria

mas larga la permanencia del Legado en aquella ciudad, supo con disgusto, que debia partir en cuanto se acabasen las cuarenta horas: juzgaba su presencia y mediación tan necesarias para el restablecimiento de la Religion católica, que se resolvió á rogarle en nombre de la nueva Iglesia del Chablais, que retardase su partida á lo menos por algunos dias: pidióle con este motivo una audiencia particular; y habiéndola conseguido en el acto, le dijo todo cuanto creyó, que era capaz de detenerle. El Legado le contestó con mucha bondad, que tenia órdenes tan terminantes del Papa para trasladarse inmediatamente á Roma, que no podia menos de ejecutarlas; y que el invierno que iba ya acercándose, le obligaba á pasar los Alpes, antes de que las nieves le hubieran cerrado el paso. Añadió, que veia al Duque tan bien dispuesto para el restablecimiento de la Religion católica, que no debia dudarse de que se valdria de toda su autoridad hasta que lo consiguiese, sin que hubiese necesidad de reclamar su proteccion.

Francisco respondió, que era cierto que el Duque tenia las mejores intenciones del mundo: pero que no sucedia lo mismo con respecto á los de su Consejo: que estando en Turin habia sido contrariado sobre algunas proposiciones que habia hecho, y cuya ejecucion era absolutamente necesaria; que tenia entendido que los embajadores de los suizos protestantes, y los diputados de Ginebra debian llegar allí de un dia para otro: que tenian orden de solicitar con ardor, que se conservase la libertad de conciencia en el Chablais y en las Bailías, y que si los mal intencionados del Consejo se unian á ellos, habia motivos de temer que pudiesen mas que todos las buenas intenciones del Duque.

El Legado le pidió por escrito las proposiciones de que acababa de hablarle que eran las mismas, que se habian presentado en Turin. Francisco, que las llevaba encima, se las entregó. Leyólas el Legado, y habiendo



acabado de examinarlas con detencion, le dijo, al despedirle, que eran efectivamente un poco duras, pero que era de su mismo parecer en cuanto á creer que no podian menos de llevarse á efecto: que hablaria de ello al Duque como una cosa suya: que recomendaria aquel asunto al Nuncio de su Santidad, y que hallaba en ellas tantas cosas en que no podria menos de necesitarse de la ayuda de la autoridad del Papa, que tal vez podria serle mas útil en Roma que en Tonon para el logro de sus buenas intenciones.

El Legado partió al dia siguiente, y se le acompañó con los mismos honores con que se le habia recibido. Pero no dejó de hablar antes al Duque y al Nuncio, como le habia prometido á Francisco, y el resultado dió á conocer, que él no habia podido menos de tomar aquella precaucion.

Despues de la marcha del Legado, los embajadores de Fribourg, que eran los primeros que habian llegado á Tonon, fueron introducidos á la audiencia del Duque. Le felicitaron de parte de su Canton por el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais, y le exhortaron á concluir una obra tan santa y tan digna de un gran Príncipe, como él era.

Los embajadores de Berna, y los diputados de Ginebra, que acababan de llegar, obtuvieron audiencia inmediatamente; hablaron en ella con mucha energía en favor de la libertad de conciencia, y suplicaron al Duque, que les diese una respuesta terminante, porque tenian orden de sus superiores de informarles de su modo de pensar. El Duque les respondió, que no saldria de Tonon sin haber arreglado los asuntos de la Religion: que iba á juntar su Consejo para deliberar, y que se les haria saber lo que en él se resolviese. Acabada la audiencia, entró el Duque en el Consejo, y quiso que Francisco le acompañase.

Explicó en pocas palabras el negocio de que se tra-

taba: hizo presente su importancia, y declaró, que se le daria mucho gusto en opinar con toda libertad: que él no habia tomado aun su resolucion, y que se arreglaria únicamente á aquello que se le hiciese ver, que era lo que mas contribuia á la gloria de Dios, y que era mas ventajoso al bien del Estado.

Desde el principio estuvieron divididos los pareceres: pero al fin la mayor parte fué de opinion, de que se permitiese la libertad de conciencia, y de que quedasen las cosas con respecto á la Religion en el mismo estado poco mas ó menos, en que se hallaban anteriormente. Se decia para apoyar aquella idea, que el Duque no podia prohibir la profesion pública del calvinismo en el Chablais y las Bailias, sin contravenir al tratado de Nion: que era de la mayor importancia el no dar el ejemplo de violarlo á los suizos y á la república de Ginebra: que estos se propasarían infaliblemente á los mayores excesos por sostener la ejecucion del artículo, que permitia la libertad de conciencia: que eran tanto mas de temer, cuanto que no debia dudarse de que si volvian otra vez á tomar las armas, serian ayudados por los calvinistas de Francia, que ya estaban acostumbrados á la guerra y á quienes la paz era enfadosa: que Enrique su Soberano, que era el único que podia impedirselo, era demasiado instruido para no aprovecharse de la ocasion que se le presentaria de deshacerse de una infinidad de espíritus inquietos y revoltosos, que no teniendo otro medio de subsistir, que la guerra, alterarian tarde ó temprano la tranquilidad del Estado: que habia fundamento para creer, que se opondria tanto menos á aquellos socorros, cuanto que siempre podria negar que se hubiesen dado con su consentimiento, y que ademas pondria al Duque en la precision de restituírle la ciudad de Berre en Provenza, y el Marquesado de Saluces con arreglo al tratado de Vervins: que era preciso estar bien asegurado del interior, antes de empre-

der por lo exterior unas mudanzas de tanta consecuencia: que la paz de Vervins, que no se habia ejecutado aun con respecto al Duque, daba margen á temerlo todo de las fuerzas de la Francia, reunidas bajo el mando de un tan grande Príncipe como Enrique: que aun cuando se tratase de hacer lo que se habia propuesto, era necesario dejarlo para otra ocasion: que entretanto podria procurarse la vuelta de los calvinistas á la Iglesia católica por los mismos medios que se habian usado hasta entonces: que nadie tendria derecho para quejarse de esto: que á la verdad se iria mas lentamente al fin propuesto, pero que tambien se iria con mas seguridad.

Este dictamen era enteramente opuesto al de Francisco: por esta razon apenas le hubo hecho señal el Duque para que hablase, cuando tomando la palabra en contra de lo dicho por los Consejeros, se espresó en los términos siguientes.

Que el mas firme apoyo de los Estados era la uniformidad en la creencia: que una secta como la de los calvinistas, que hacia á los particulares, jueces en última instancia de lo que debian á Dios, no era muy á propósito para inspirarles el respeto, é inviolable fidelidad que debian á su Soberano: que no sucedia lo mismo en los calvinistas, que en las otras sectas, que se habian levantado de tiempo en tiempo en la Iglesia: que las otras atacando en la generalidad solamente algunos puntos especulativos de la fé, no habian tocado á los fundamentos: que no habian tirado ni á la moral, ni al culto: que á escepcion de algunas opiniones particulares estaban conformes en cuanto á lo demas con bastante uniformidad: que los calvinistas mas emprendedores y mas temerarios casi nada habian dejado intacto: que se habian metido del mismo modo en la fé, que en el culto, en la moral, en la disciplina y en la autoridad de la Iglesia, y que tampoco habian respetado mucho la de los Soberanos: que para convencerse de esto no habia

mas que reflexionar en lo que habian hecho en Europa, desde que se habia establecido su secta: que habian subtraido una parte de los Países Bajos á la obediencia del Rey de España, y habian fundado en ella una república: que en Escocia casi habian reducido á la nada la autoridad Real: que trabajaban en hacer otro tanto en Inglaterra: que acababan de hacer peticiones en Nantes al Rey de Francia: que estas no tiraban á nada menos que á establecer una república en medio del reino, y que se preveia sin embargo, que no podia negarse á ellas sin escitar una nueva guerra civil: que sin ir tan lejos, se habian sublevado en Ginebra contra su legítimo Príncipe, erigiéndose por su propia autoridad en república libre é independiente, y que aun se veian en el Chablais las funestas señales de su revolucion: que despues de esto no podia él comprender como podia pretenderse, que era peligroso el desterrar el calvinismo de los Estados de su Alteza Real: que si habia algun peligro en la resolucion, que se trataba de tomar, era únicamente el de sufrir á los calvinistas: que siempre les seria sospechoso un Soberano católico: que no podrian menos de considerarle como un hombre que era opuesto á su Religion, y que siempre estaba dispuesto para destruirla: que aquellos recelos producirian al fin el odio contra el Príncipe, las ligas secretas con sus enemigos, y últimamente la revolucion: que esta era tanto mas de temer en aquella sazon, cuanto que si el Duque retrocedia despues de los pasos que ya habia dado, no dejarian los calvinistas de publicar, que no se habia atrevido á llevar las cosas mas adelante: que desde aquel momento ya no habria autoridad en la provincia sino el tiempo que á ellos les pluguiese; y que en cuanto tratase de obrar como Soberano le amenazarian con los suizos y con los ginebrinos: que era necesario hacerles conocer una vez para siempre, que no debian contar con otros recursos que con la bondad del